

## Levantamiento contra las tropas francesas



El parque de Monteleón fue toda la mañana una prueba de heroísmo y coraje fraterno entre paisanos y artilleros. / NIN Y TUDÓ

VIENE DE LA PÁGINA 1

La sangre y la gloria galoparon ayer juntas por las calles de Madrid. El pueblo llano se alzó en armas contra Napoleón. Airado por los alardes de un ejército extranjero de 30.000 hombres que ocupa la ciudad y sus arrabales desde hace mes y medio, el vecindario se echó a la calle con determinación y coraje. “¡Castellanos, alzaos contra el tirano!” gritaban los chisperos que voceaban en los portales para reunir improvisadas tropas. Apenas armadas de palos, navajas y cuchillos, las partidas que iban agrupándose detrás de los más arrojados pugnaban desesperadamente por trincar a golpes el designio imperial de ocupar al completo la capital y enseñorearse por el territorio español. El vecindario madrileño consiguió evitarlo: durante unas horas.

La premeditada ocupación militar de Madrid por los soldados franceses se detuvo bruscamente. “¡Adelante, adelante!”, se oía gritar a los ancianos que así se dirigían a los jóvenes enardecidos que surcaban las calles en busca de armas. “¡Al arsenal de Monteleón!”, vociferaban estruendosamente.

La poderosa máquina militar francesa instalada en la villa y tendida en torno a la ciudad desde Getafe hasta Fuencarral y el Retiro, enmudeció paralizada por la sorpresa. La ferocidad se propagó por las calles. Con rabiosas embestidas, hasta quince partidas de vecinos desplegadas por otros tantos barrios de la ciudad, la emprendieron contra los invasores, enviados velozmente al centro de Madrid para sofocar el levantamiento.

Carniceros, guarnicioneros y empleados del matadero, cuchillo en mano, desjarretaban las patas de los caballos de los pom-

posos dragones de la Emperatriz, cuerpo a tierra los destriparon y aparearon imperiosamente a los jinetes sobre el suelo y allí los degollaron. Igual suerte corrieron los temibles mamelucos, turcos egipcianos de salvajes costumbres. Con sus afilados alfanges, que blandían con admirable destreza, no consiguieron frenar la marea humana que se precipitaba sobre ellos hasta darles muerte.

Hasta 56 reclusos que cumplen penas en la cárcel de la Villa también se ofrecieron a pelear. Dos desaparecieron, otro fue declarado prófugo y hasta 51 regresaron horas después a su encierro tras luchar bravamente. Pero Francisco Pico no volvió. Había peleado con rabia al grito de “¡Libertad, muera Francia!”. Con sus grandes manos descabalgó a un enemigo frente a la iglesia de San Sebastián, en Atocha, pero recibió el acero mortífero del feroz coracero que le atravesó la garganta.

Regueros de sangre surcaron la villa desde el Arco de Santa María, junto a la calle Mayor, donde comenzó la lucha a primera hora de la mañana, hasta la iglesia del Buen Suceso, en Puerta del Sol y el Prado de los Jerónimos.

Densas humaredas ensombrecieron la primaveral mañana. Los humos surgían del parque de Monteleón, al norte de Madrid, donde 16 artilleros al mando del capitán Pedro Velarde, de la Secretaría de la Junta Superior de Artillería, y un considerable gentío de vecinos enardecidos, plantaron allí dos baterías y se hicieron fuertes. Mujeres y niños de todo Madrid se incorporaron también a la lucha. “¡Mosquetes y munición para todos!”, gritaba a los cuatro vientos Felisa Candela, tabaque-

ra, mientras frotaba un cuchillo jamonero contra el pedernal de una fuente de la calle de San José. A su lado, su hija Micaela lloraba asustada entre sus faldones. El capitán Velarde se acercó a ellas. Cogió a la niña en sus brazos y le dijo a su madre: “Llévatela de aquí: ella tiene que ver un día a España en libertad”. Inmediatamente, volvió junto al cañón que había mandado instalar a la puerta del parque.

Superadas las primeras horas de sorpresa, Murat, lugarteniente de Napoleón en Madrid y cuñado suyo, ordenó el despliegue de miles de infantes y fusileros por la ciudad. Procedían de

Un hijo de un general francés cae muerto, descalabrado

“¡Mosquetes y munición para todos!”, gritaba Felisa Candela

Medio centenar de presos salieron a combatir y después volvieron a la cárcel

siete cuarteles del casco madrileño y de otros tantos campamentos de la periferia, desde Getafe hasta Fuencarral. Su principal destino era el parque de artillería. “¡Zaleos, soltad a los reyes!”, voceaba un segoviano apellidado Roldán desde la acera de la calle del Noviciado. A su paso

por las calles eran recibidos con graneada lluvia de piedras, muebles y enseres que copiosamente caían sobre ellos desde balcones y terrazas. Un hijo del general Lagrange ha muerto así, descalabrado, en la calle del Barquillo.

La represión contra los paisanos comenzó entonces. Las casas de donde procedían los objetos arrojados eran inmediatamente asaltadas y quemadas, alguna con sus moradores dentro. Todo paisano detenido con armas u objetos similares era inmediatamente fusilado. Cada disparo encendía un nuevo chispazo de odio.

El fragor del combate se apoderó de la villa, estremecida de dolor y de rabia. Las más atroces escenas se vivieron en torno al cuartel donde los vecinos y un puñado de artilleros se había enrocado. Sus cañones disparaban contra los infantes y jinetes franceses. Miles de estos afrontaron el cañoneo y se dispersaron dejando muchas bajas. Sus lamentos surcaban las calles. “¡Ma mère, ma mère!”, gritaba un soldado agonizante a sor Pelagia Revut, una monja nacida francesa del convento de Nuestra Señora de las Maravillas que, con alguna de sus 15 compañeras, más cinco hermanas, asistía en la calle a cuantos habían sido abatidos.

Un marqués de Sástago, con su casaca azul de terciopelo hecha jirones, recorría las callejas próximas a Monteleón llamando a todos a la templanza y a la misericordia. “¡Deteneos, bajad el arma, todos sois hijos de Dios!”, gesticulaba el anciano, que fue retirado de un empujón por un chispero irritado. Su gesto se vio sepultado por el de un clérigo de la iglesia de Montserrat que, provisto de un trabu-

co, la emprendió contra varios oficiales franceses a los que disparó y remató luego. Pero la llegada incesante de refuerzos por la calle Ancha de San Bernardo hizo reagruparse a los ocupantes. Su cerco se hizo cada vez más prieto.

El fuego cesó en Monteleón cuando los proyectiles de los sublevados se acabaron. El capitán Velarde recibió un disparo a corta distancia que acabó con su vida. En una calle contigua, una jovencita costurera de Vallecas, Manuela, acudió en busca de su padre. Juan era panadero, hijo de un francés de Mialet, obispado de Clermont, pero se sentía más de Vallecas que ninguno. Por eso le encolerizó la presencia armada de los franceses en Madrid. Tanto que, esa mañana, se echó a la calle como el primero. “Padre, tenga cuidado”, le había dicho Manuela. Pero ella sabía que no le haría caso. Y por eso le siguió. Su padre estaba en una esquina, cargando un trabuco con tachuelas. Manuela le ayudó a completar la carga. Tras una descarga de fusilería desde un destacamento francés que avanzaba en su contra, muy cerca del parque de artillería, la calle quedó desierta. Padre e hija habían caído con el rostro ensangrentado.

Otros vecinos apuntan, sin embargo, que la joven Manuela falleció tras enfrentarse con sus tijeras de modista a dos soldados franceses que pretendían abusar de ella cuando la chica regresaba a su domicilio al finalizar su jornada en un taller de costura.

A toda prisa llegó al parque de Monteleón el correo Miguel Álvarez, al que el infante don Antonio de Borbón, tío del ahora rey Fernando VII, en nombre de la Junta que preside, lo enviaba